

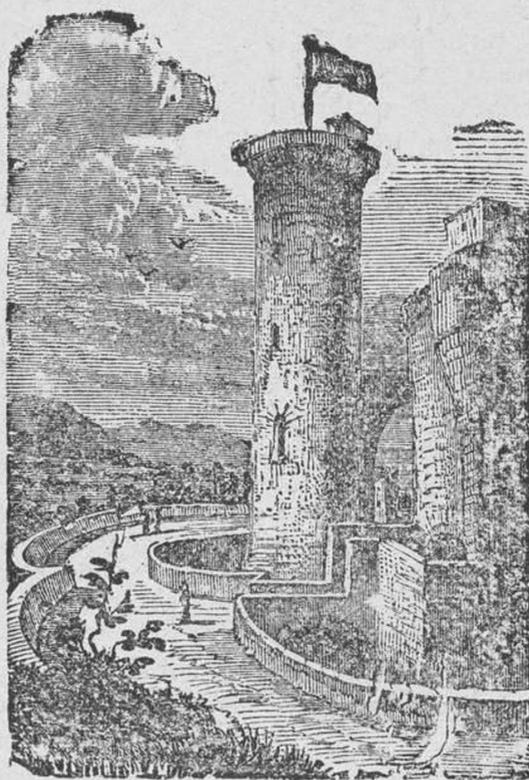
El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Fundador y Propietario: D. Roberto Bueno

Palma de Mallorca



Torre del Homenaje del castillo de Bellver

PLATTOS DE LA SEMANA

El invierno se aproxima á paso de carga y á pesar del calor que hace algunos dias, están ya en puerta el «cierzo helado», que diria el poeta y las pulmonías á boca de jarro.

Ahora es la cosa más fácil del mundo ir á la plaza de Mina y sacar una novia ó dos en la misma noche.

La explicación de este milagro es que la *temporada oficial* de aquel paseo está para terminarse, y las jóvenes en estado de merecer que saben esto, con la esperanza de pescar un novio de última hora, se tornan más dulces, más complacientes, más graciosas, y miran de una manera más seductora y expresiva

Hay quien se acerca á una joven en el mes de Junio, que es cuando comienza la época de este paseo y la dice al oído, con el acento más dulce de su repertorio:—¡Es usted la mar de bonita!

La doncella vuelve la cara y hace un mohín de desagrado.

—Desde que la he visto—prosigue el pollo—no descanso, no vivo y me sabe el tabaco á unto sin sal y el café á pavesas! ¡Ay, si usted supiera!... ¡Se pueden contar los latidos de mi corazón!...

La mamá interrumpiendo al pollo:—¡Señor mio! ¡Nadie le ha preguntado esas interioridades!

—Es que...

—¡Nada! ¡Mi niña no está acostumbrada á contar latidos de ninguna clase! ¡En cuanto vuelva á decirle esos atrevimientos, llamo á un municipal!

Y es inútil que el pollo siga en su amorosa declaración porque la mamá le amenaza con armar un escándalo y la niña le mira desdeñosamente, como si quisiera decirle con los ojos:

—¡Cursi! ¡Usted es muy poca cosa para mi que soy la señorita de Gutapercha!...

En cambio ahora que está para terminarse la temporada veraniega, las conquistas se atraviesan á nuestro paso, sin que las busquemos y á donde quiera que se vuelva los ojos, se tropieza con una mirada melancólica, ó una sonrisa provocativa...

Las declaraciones amorosas son cuestión de momento. Por lo regular se empieza así:

El.—¡Pero qué retebonita es usted!...

Ella vuelve la cara y sonríe.

La mamá hace lo mismo.

El.—¡Los ojos de usted me han carbonizado el corazón!

La mamá.—¡Jesús! ¡Qué cosas dicen los hombres!

Ella se ruboriza todo lo más que puede.

El.—Si, encantadara... ¿Cómo es su gracia de usted?

La mamá: confidencialmente y al oído del pollo: —¡Pilar!

El.—Pues si, encantadora Pilar, luz de mis ojos, tesoro inapreciable; la he visto un momento; la amaré eternamente; no puedo vivir sin usted y quiero casarme á la carrera!

La mamá, estrechando al pollo la mano, en un transporte de alegría:—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Así me gustan los hombres, así!

Ella —¡Admito vuestro amor, caballero!...

Desde aquel instante comienza la conjugación del verbo amar, indefinidamente, y cuando el invierno con sus noches tempestuosas le *echa la llave* á la plaza de Mina, el *terceto* compuesto del novio, la niña y la mamá, desaparecen hasta la primavera en que

vuelve á ocupar el mismo asiento, la madre para roncar, y él y ella para decirse al oído:

—¡Cielin!

—¡Monina!

—¿Quién te quiere á ti?

—¡Tú, tu y tuuu!

Manuel Fernández Mayo.

A CÁDIZ

Cádiz, atleta dormido entre los verdes cristales del mar, que son pedestales de un muro jamás vencido. A la gloria has respondido para la patria salvar, que tus hijos al luchar llevan en sus corazones, el valor de tus leones y el aliento de tu mar.

Si de la luna al fulgor el alma te mira ansiosa, como amante mariposa la corola de la flor, cual una visión de amor surges pálida, arrogante, como la orgullosa amante que al mar pisa y avasalla, para al pié de tu muralla contenerlo jadeante.

Y vencedora del mar lo hace palafreñ guerrero, cuando iluso el extranjero la viene torpe á retar: que imposible es dominar al pueblo que en el ayer, aislado en su solo ser, con su sangre y sin sus reyes á la patria le dió leyes para hacerla renacer.

Vibra el árabe cantar también detrás de tus rejas, y á sus piés, de amor las quejas vá la guitarra á llorar. Luego se suele escuchar, quizás de apenado seno, saetas al Nazareno, al Rey de «Santa María», ó un Cádiz del alma mía que brota de amores lleno.

La gaditana al balcón, la luna entre cielo y mar y allá, lejos, un cantar que la hiere el corazón. Verdad, misterio, ilusión, ¿quién así la enamoraba? la luna que la besaba, el cielo que la cubría, la brisa que la envolvía y el eco que le cantaba.

Cuando es un punto la nave que el horizonte ilumina,

y entre la vaga neblina
se vá borrando suave,
como sentimos del ave
el nido al abandonar,
en el aura su trinar,
del marino así la pena
en sentida cantinela
nos traen las olas del mar.

¡Oh, Cádiz, febril mi mente
el cielo te vé alcanzar,
y el rojo sol coronar
tu blanca y altiva frente.
De alcázares del Oriente
nunca fuiste poseedor;
mas monumentos de honor
te erigió la patria historia,
y Dios, por cantar tu gloria,
hizo al mar tu trovador.

Manuel del Castillo.

CUENTOS CORTOS

LA NOVIA DEL TORERO

I

La plaza de toros de Sevilla estaba aquella tarde invadida por numeroso público.

Nunca se había visto tanta gente; y, según se decía, el Gobernador iba á imponer una multa bastante fuerte á los empresarios por haber vendido más localidades que tiene el circo taurino sevillano.

La corrida que iba á verificarse era de competencia; los espadas, los dos más renombrados de aquella época, y los toros, de la ganadería de *Miura*, vecino de Sevilla.

¡Qué mejor cartel!

En los palcos, veíanse elegantísimas damas, vestidas á la usanza del principio del siglo, con el clásico traje de manola, que llevaban con mucho garbo, y adornada la cabeza con la flamenca mantilla blanca, de tantos recuerdos y de tantas ilusiones.

Entre aquellas mujeres hermosas, de ojos de cielo, de labios incitantes al beso, de seno abultado y de talle inverosímil, sobresalía Concha, la hija del Marqués, que tanto presumía con sus pergaminos y su abolengo.

Los ojos de la niña brillaban con más fuerza que los rayos que el sol desparramaba sobre los tendidos que estaban á su frente; sus labios eran más frescos que todo el aire que producían los abanicos que se agitaban en la plaza; su figura, elegantísima y su porte distinguido.

A las cinco en punto el presidente de la plaza hizo la señal de costumbre, y las cuadrillas ejecutaron el paseo con esa gallardía peculiar en los toreros.

Poco después el primer toro, negro, zaino, bramaba en el redondel esperando el desafío del hombre.

La primera suerte pasó sin consecuencias: algunos tumbos de los picadores y varios caballos sin tripas, destrozados, jadeantes y próximos á la muerte.

Al sonar el clarín, que designaba el cambio de la suerte de varas por la de banderillas, se adelantó hacia el bicho uno de los toreros.

Apenas tendría diecinueve años, era moreno y lucía un traje verde con oro; esto es, sus esperanzas revueltas con la fantasía de su mente.

Llevaba en la mano izquierda un par de rehiletos.

El toro, á la sazón, se encontraba junto á las tablas, debajo de la presidencia.

El banderillero dió algunas órdenes y los peones echaron sus capotes al toro, que, en la querencia de las tablas, se negaba á salir de ellas.

Hubo, pues, necesidad de que el espada le colocara en sitio conveniente el toro.

Hízolo así aquél, llevándose la fiera hacia los medios de la plaza.

—Ahora, Joselito—dijo el matador.

Nuestro jóven citó al toro y alegrándole se dirigió á la cabeza, arrancándose aquél antes de tiempo, por lo que el banderillero hubo de hacer una salida en falso, que le valió palmas.

El toro volvió á las tablas.

Entonces Joselito, colocándose enfrente, y en igual posición que el toro volvió á citarle, y haciendo una ligera curva desde las tablas á los tercios de la plaza, arrancó hacia la fiera que, cuando le vió á su alcance, humilló para derrotar.

En el mismo momento Joselito metió los brazos dibujando un par de banderillas al sesgo que hicieron estallar al público en delirio.

Siguió la suerte y luego la de matar.

Varios pases de muleta habían dado al toro y todavía las palmas atronaban el espacio.

El joven banderillero que recibía tan espontánea ovación, con su montera en la mano y haciendo cortesías, estaba loco de contento.

Pero si el público y él estaban gozosos, no se hallaba menos la linda Concha, cuyos ojos parecían devorar al toro en el momento de la suerte de banderillas.

En el rostro de la niña se dibujaban la felicidad y la alegría.

En el segundo toro, Joselito volvió á alcanzar otra ovación con motivo de un quite que á punta de capote hizo magistralmente.

Había caído al descubierto un picador; el toro, cebado en el caballo, no hacía caso de las capas de los espadas: de repente se vuelve dirigiéndose al piquero.

Entonces, Joselito, con gran exposición de su vida, se puso entre el caballo herido y el compañero, y arrojando su capa en los mismos cuernos llevóse el toro hacia los medios de la plaza.

Pálida resultó la ovación anterior comparada con esta otra.

¡Qué de voces y palmadas y pañuelos agitados y oles!

Aquello era el delirio.

¡Cómo gozaba Concha! No hubiera cambiado su sitio del palco por un trono. Seguramente.

Sus ojos no se apartaban de Joselito, tanto, que la familia de ella hubo de notar los cambios que se sucedían en el rostro de la niña, ya alegre cuando el banderillero salía ileso de las suertes, ya triste si le veía en peligro.

II

El último toro había sido banderilleado.

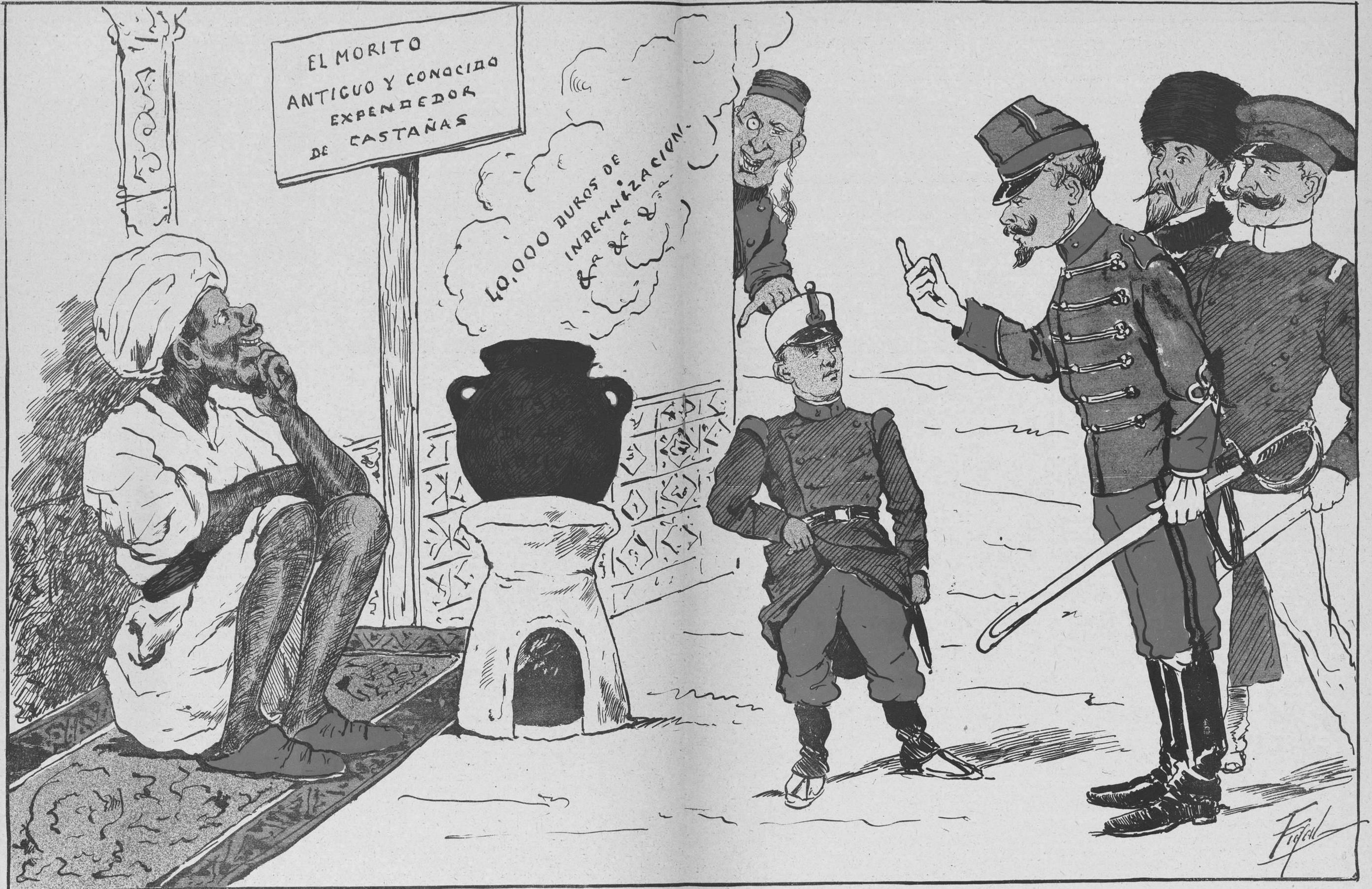
Al sonar el clarín para la suerte suprema el público pidió que matara Joselito.

Lo había ganado á fuerza de valentía.

El espada encargado de despachar al último toro se acercó al joven banderillero, y llevándosele hacia la presidencia le entregó los trastos de matar.

El Presidente hizo un leve signo de aprobación y Joselito se dirigió á la fiera.

Estaba ésta en los medios. Con andar pausado llegó el chico hasta la cara del animal. Allí desplegó la muleta.



—¡Oye, *pipiolo*, tú y nadie más que tú es el que está obligado á sacar las castañas del fuego!

Un buen trasteo y una estocada hasta los gavilanes le bastaban al joven para acreditarse en el toreo. Su suerte no podía presentarse bajo mejores auspicios.

Comenzó por un pase alto porque el toro humillaba —¡Olé!—gritaron.

Siguieron dos con la derecha, uno cambiado, otro de pecho...

Muelo entusiasmo en el público.

Continúa pasando con arte, ciñéndose bastante.

El toro se cuadra.

—¡Vamos!—dice el primer espada.

Y Joselito, perfilándose perfectamente, metió la muleta. El toro se arrancó de improviso, pero se encontró con la muleta del niño que le dió un pase obligado de los que hacen época.

Siguió trasteando con verdadero arte.

El toro volvió á cuadrarse, y Joselito, colocándose enfrente, levantó el estoque que dirigió á los rubios.

Unió perfectamente los pies, adelantó la muleta hacia la cara del animal que *in continenti* se arrancó, y sin esfuerzo, por parte del joven espada, el estoque entró hasta la bola.

Pero del empuje, y á causa del poco conocimiento y menos manejo de muleta, con la que no dió la salida en la forma que se marca para recibir, el chico sufrió el encontronazo de la fiera.

Esta había caído á los pies de Joselito, y éste á su vez había sido derribado por el toro.

Un grito dado por 14.000 personas anunció la desgracia.

Se había visto brotar sangre. ¿Era solo del toro?

Esto no se sabía.

Los compañeros de lidia acudieron inmediatamente al sitio de la catástrofe.

El espada primero le llamaba «hijo mío» y le besaba con efusión.

Entretanto el toro se revolvía en un charco de sangre, con las patas hacia arriba y destrozando el pavimento con los cuernos.

El cachetero no había cumplido su deber.

Parecía que deseaba vengar á Joseito haciendo que fuera cruel la agonía del animal.

La gente comenzaba á descender de las gradas y tendidos; en los palcos hallábanse todos de pié. Algunas mujeres estaban pálidas, casi muertas.

Concha sufría horriblemente. Había sido víctima de un desmayo; cuando volvió en sí rompió á llorar amargamente.

—Mi Joselito—decía entre sollozos atroces.

El Marqués, apesadumbrado con la desgracia, creyó que su hija sufría como los demás espectadores; pero al notar la frase de la niña palideció horriblemente.

Aquello había sido una revelación.

La Marquesa, orgullosa como su marido, no comprendió el significado de las palabras de su hija.

—Niña—la reprendió—bueno es que sientas la desgracia como todos, pero no te pongas así porque la gente nos mira ya con más interés que á los otros.

—Es mi novio, madre mía.

¡Nunca lo hubiera dicho!

III

Joselito yacía en el lecho luchando con la muerte. Los médicos desconfiaban de salvarle.

A los tres días recibió una esquela de Concha:

«Sufro horriblemente; me muero, José. Adiós.»

Aquel golpe era demasiado fuerte para un moribundo.

—¡Pobre Concha mía! ¡Infames Marqueses! Si pudiera...

No dijo más.

Acababa de entrar en la agonía.

A la misma hora, y en el mismo día, Concha ingresaba en un convento, y Joselito era enterrado después de un suntuoso funeral.

C. JOSÉ DE ARPE.

(Don Severo.)

¡QUÉ DESGRACIA!

¡Ay, lector! tengo un apuro cuyos sinsabores toco: ¡qué lance!... te lo aseguro, no falta el canto de un duro para que me vuelva loco.

No te puedes figurar, chico, lo que me ha ocurrido: pues te lo voy á contar para que puedas juzgar si yo estaré divertido:

Ya sabes tú que tenía una novia muy salada, Elisa, la que vivía en aquella travesía que llaman de la Parada.

Era una chica hechicera, una soberbia mujer, cuando marcha por la acera, caminito del taller, porque Elisa es corsetera,

Todo aquel que la divisa con aquel pasito corto y aquella dulce sonrisa, muchacho, se queda absorto!... ¡Si será guapa mi Elisa!

Pero tú sabes también que en la calle del León tenía yo otro belén, otra novia, la Asunción, con la que me iba muy bien.

Si cabe, más sandunguera, más alegre y vivaracha que la propia corsetera; en fin, que es una muchacha que hace tilín á cualquiera.

Y con ambas proporciones estaba yo en relaciones catorce meses hacía, y ambas á dos, las quería con muy buenas intenciones.

Más chico, tenía un miedo de que alguna se enterara, pues no fuera cosa rara que, descubierto el enredo, me señalasen la cara.

Pues verás, el otro día sucedió lo que temía: iba yo con Asunción, y ¡zás! Elisa venía en contraria dirección.

Ya no tenía remedio, yo no sabía qué hacer para quitarme de enmedio; no se me ocurría un medio

para desaparecer.

Y me dije interiormente:
—¡La que se va á armar aquí!
y ¡claro!... me estremecí,
pues siendo yo el delincuente
lo grave era para mí.

Pues no fué de esta manera;
muchacho, la corsetera
la tomó con Asunción
y se puso hecha una fiera,
yo creo que sin razón.

Fué una batalla campal
de mordiscos, de arañazos;
yo no he visto cosa igual,
¡qué manera más formal
de pegarse puñetazos!

Aquello fué un desconsuelo;
yo no sabía qué hacer,
frio estaba como el hielo.
¡Qué manera de morder
y de tirarse del pelo!

Y mientras ellas seguían
y ambas á dos se zurraban,
yo no sé por qué lo harían,
pero ellas solas reñían
y á mí no me molestaban.

¡Chico, qué acaloramiento!...
yo pensé por un momento
mediar en la *discusión*;
mas cambié de pensamiento
nada más por precaución.

Y la gente se paraba
y un gran corro se formaba
por ver lo que sucedía,
y todo el mundo reía
y nadie las separaba.

Chico, aquello era imponente;
estaban tan fuertemente
cogidas, que conocí
que yo era inútil allí
como toda aquella gente.

Y, chico, en tal situación
tomé una resolución
al comprender mi impotencia:
me marché, ¡qué decisión!
del sitio de la ocurrencia.

No sé cómo acabaría
aquella horrible batalla,
pues creo una tontería
que despues del lance vaya
á preguntar todavía.

Más lo que yo me figuro,
y ese es mi mayor apuro,
y lo siento... ¡vive Dios!
que me quedo de seguro
sin ninguna de las dos.

Me acuerdo cómo riñeron,
cómo las dos se pusieron,
y lo que allí sucedió;
el papel que ellas hicieron
y el que también hice yo.

Pero digo muy formal,
pensando en el lance aquel:
—Vamos, vamos, menos mal,
que siempre, en un caso igual
me toque á mí ese papel.

E. Contreras

Juegos Florales

No es nuestro propósito reseñar la fiesta celebrada en nuestro principal coliseo en la noche del 19 del corriente, porque la prensa diaria lo ha hecho ya con todos sus detalles y pormenores.

Nada diremos de la aristocrática concurrencia que llenaba las sillas y los palcos del teatro, ni de las distinguidas personalidades que tomaron asiento en el estrado, en las que tuvieron dignísima representación las letras, el comercio, la magistratura, la ciencia, el clero, las artes, la marina y el ejército; inútil nos parece también encomiar los trabajos premiados, la mayor parte de los cuales habrán sido juzgados por nuestros lectores al ser publicados por la prensa local: bastará, según creemos, con felicitar á sus autores que por justísimo fallo del respetable jurado han obtenido premios y muy especialmente al inspirado poeta malagueño D. Narciso Diaz de Escobar que para presidir la hermosa y brillantísima corte de amor formada por las encantadoras Srtas. María MacPherson, María de la O. Albacete, Margarita Barca, Carmen Pacheco, Rosa Verges, Mercedes Guernica, Amalia Rodriguez Guerra y María Lizaur, eligió por Reina, soberana del amor y de la poesía, á la bellísima señorita María Luisa Duarte y Lacave, digna de un reinado imperecedero y del magnífico trono de rosas que le fué destinado, por su espléndida belleza, que resaltaba mucho más al contrastar con su modestia incomparable, su distinción y su elegancia.

Vistió la hermosa soberana un magnífico traje blanco, de seda, recubierto de gasa bordada de plata, y llevó adornos de flores y alhajas de gran mérito y valor artísticos; acompañáronla en el estrado las ocho señoritas ya mencionadas, dos heraldos vestidos con dalmáticas color celeste y dos revoltosos y lindísimos pajecillos trajeados con artística trusa color grana; calzón corto, rosa: mallas, gris perla y calzado de raso blanco. Eran estos pajes las preciosas niñas Serafina Duarte y Blanquita Rodriguez Guerra.

El mantenedor de los Juegos Florales, Sr. Ventin, ocupó la tribuna que le estaba destinada, y con su proverbial elocuencia y galanura de estilo, pronunció un poético y brillante discurso de elevados tonos, armónicas frases, pulidos conceptos y ricas imágenes en el cual dirigió á la hermosa Reina de la fiesta, un brillante saludo que sirve de corolario á todo lo que acabamos de decir de la elegante soberana que con unas cuantas horas de reitado, se captó más simpatías, más adoradores y más súbditos fieles, que algunos reyes *de verdad*, en muchos años de poderío.

¡Y es que la belleza, las gracias y la modestia naturales, atraen la admiración, las simpatías y el aplauso, como el imán al acero, como la luz á la alegría, como el amor á la juventud!

Y cuando belleza, gracia y modestia se funden en el ser de una gaditana, entonces la admiración se trueca en entusiasmo; las simpatías, en adoración y el aplauso en ovación delirante: y eso precisamente es lo que ocurrió con la Reina de los Juegos Florales gaditanos, la señorita de Duarte, á quien felicitamos por su elevación al trono de la hermosura en el cual está reinando y del que no le permitiremos que *abdi-que* nunca.



Fritos y Asados

Hemos recibido una atenta carta particular del

nuevo Jefe de Vigilancia de la provincia de Cádiz, don Carlos Solano, participándonos la toma de posesión del cargo y ofreciéndonos incondicionalmente en todo lo concerniente á sus atribuciones.

A nuestra vez, ponemos á su disposición este semanario para cuanto pueda serle útil, agradeciéndole sus finos ofrecimientos y el amistoso saludo que nos hace.

Damos el más sentido pésame á nuestros más queridísimos amigos los señores don Julio y Ernesto Ramos Boix por el fallecimiento de su virtuosa madre la señora doña Ana Boix y Bonmati, cuyo sepelio, al que asistió gran concurrencia, se efectuó el 18 del actual

Hacemos extensiva la manifestación de nuestro pesar, al esposo de la finada don Antonio Ramos y González, Director y propietario del Colegio de San Antonio de Padua, y á su demás familia.

De unánimes aplausos ha sido objeto la memoria leída por el fiscal del Supremo, Sr. D. Juan Montilla, en la apertura de los tribunales.

En dicha memoria hace el Sr. Montilla una razonada defensa de la institución del Jurado, demostrando numéricamente que la criminalidad ha disminuido desde que dicha institución funciona; desvaneciendo al propio tiempo, el cargo formulado por los que sostienen que la impunidad que ocasionan sus veredictos, producen mayor número de hechos delictivos. Ha sostenido elocuentemente, que no se debe tocar á la ley del Jurado más que en detalles de procedimiento, pero nunca en lo esencial.

Felicitamos al Sr. Montilla por su éxito, digno de su abolengo democrático y de su talento excepcional.

*

Ha marchado á Sevilla para hacerse cargo de la Jefatura de Vigilancia de aquella capital, el propietario de este periódico don Roberto Bueno.

El motivo de su traslado obedece única y exclusivamente al ascenso que en recompensa de sus servicios se dignan concederle, pero aunque á Sevilla va para mejorar su categoría, creemos que su estancia allí dure bien poco, y que en virtud de un nuevo traslado vuelva otra vez á Cádiz, donde tan buenos amigos deja.

Mientras tanto queda encargado de la dirección de EL COCINERO, nuestro redactor don Manuel Fernandez Mayo, y el periódico seguirá el mismo derrotero que le marcó su fundador y propietario, hoy ausente.

Sellos.-Cambio.-Echange

Quien me envíe 50-500 sellos de su país, buenos ó raros recibirá el mismo valor en timbres buenos de Grecia y Creta.

Cambio sobre hojas á escojer.

Base Catálogos Seuf y Belin 1900.

J. M. LAJEM

RUE PATRACON 29.=ATENAS (GRECIA)

Todo periódico, reproduciendo este anuncio tres veces, recibirá 250 buenos sellos griegos. (3=1)

Importante para las personas sordas

Los Timpanos artificiales en oro, del Instituto Hollebeke, son reconocidos por los únicos eficaces contra la sordera, ruidos en la cabeza y las orejas. un fondo permanente, sostenido por donaciones de pacientes agradecidos, autoriza á dicho Instituto á mandarlos gratuitamente á las personas que no pueden procurárselos. Dirigirse al Hollebeke's Institute, Menway-House, Earl's Court, Londres W. Inglaterra.



Me voy mañana á Extramuros
armado de esta escopeta
y cazo, de cinco á nueve,
perdices en una huerta,
y luego á las doce en punto
á LA INDUSTRIA, que está cerca,
y es un Restaurant magnífico,
á comerme unas chuletas.

Barrio de San Severiano en Extramuros.--Próximo al Astillero.--Cádiz

ALMACEN DE JOYERIA, PLATERIA Y RELOJERIA

José Estrugo

Casa fundada en 1840

Oro en panes, para doradores y pintores. Surido completo en relojes, de precisión, de sobremesa, cuadros alemanes, suizos y franceses.—Optica, instrumentos de Cirujía y Medicina —Taller de reparaciones.—Se garantiza todo trabajo hecho en los talleres de esta casa.

CRISTOBAL COLON, 24.-CADIZ.

José Vinuesa y de Rivas

AGENTE DE NEGOCIOS MATRICULADO

ISAAC PERAL, 8

Empleado de Hacienda que fué en esta provincia más de 19 años.

Gestión de asuntos administrativos en todos los ramos del Estado.

Redención y cobro de toda clase de créditos contra el Estado.

Gestión de expedientes de Jubilaciones, Retiros-Pensiones de viudedad y orfandad, civiles y militares, Rehabilitaciones, Transmisiones, Mesadas de su pervivencia, Cruces y Traslados.

Cobro de cupones y de intereses de resguardo del Banco de España y Cartas de pago de la caja de Depósitos.

Habilitación de Clases Pasivas.

Cádiz.—Imprenta de Manuel Alvarez Murguía. 25